

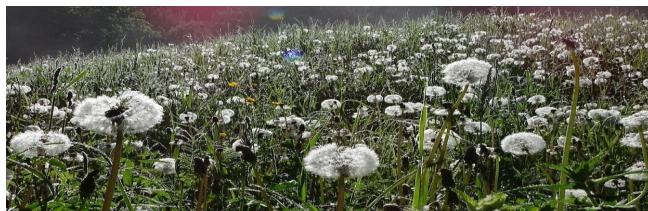


El saboreo de la Sagrada Escritura abre siempre horizontes nuevos que facilitan una mayor comprensión de la misma. El libro de los Números, en el texto que se proclama en este domingo, termina con un fuerte deseo que se hace oración confiada: *¡Ojalá todo el pueblo de Dios fuera profeta!* Este deseo orante de Moisés, se hizo realidad en Pentecostés cuando el Espíritu Santo se derramó sobre la comunidad reunida.

San Bernardo, en un sermón que pronunció para el tiempo de la cosecha, considera la profecía como una forma de vida en el Espíritu. Ahora bien, el Espíritu Santo es espíritu de amor y comunión fraterna; su hacer, no es iluminar a los individuos haciendo iluminados, sino animar y realizar el Cuerpo de Cristo. De esta manera toda la obra del Espíritu es esencialmente un común afán. Lo que no puedo comprender, ni realizar, ni formular, ni poseer, lo poseo en el cuerpo total con el que estoy en comunión.

“Todo cristiano habla todas las lenguas, dice san Agustín, si permanece en la unidad de la Iglesia que las habla todas”, porque la verdad total se encuentra solo en el cuerpo total. Se

comprende que san Benito pida que cuando se tenga que tomar una decisión, se **“escuche a toda la comunidad, incluso, dice, a los más jóvenes porque muchas veces les revela [el Espíritu Santo] lo que es lo mejor”**.



Hablar y escuchar a los demás forma parte de nuestras vidas, pero ¿cuál de los dos nos gusta más? ¿Con cuál nos sentimos más cómodos?

Parece que generalmente disfrutamos más hablando que escuchando. Es cierto que hablar a menudo requiere menos trabajo que escuchar y, además, nos pone en el papel importante de la situación, el protagonismo. Esto fortalece mucho nuestra autoestima, podríamos decir que es **“refrescante”** para el ego.

Por otro lado, escuchar a los demás es fundamental para saber quién es la otra persona y qué tiene que decirnos sobre sí misma y sobre nosotros. Esto nos permite conocerlos y comunicarnos -sin palabras- que son importantes para nosotros, al menos en ese momento. Es decir, escuchar a los demás nos permite reconocerlos, darles un lugar.

Por último, hay que tener en cuenta un componente narcisista, lo que coloquialmente se conoce como **“les encanta escucharse a sí mis-**

mos”. Se trata de personas que encuentran un deleite especial en el mero hecho de ser escuchadas mientras hablan, en un formato que tiene más que ver con una conferencia (unidireccional) que con una conversación (bidireccional).

El filósofo francés Gabriel Marcel afirma que **“en la vida no hay sino un solo dolor: estar solo”**. El espíritu de profecía se pierde en la Iglesia cuando ésta se mundaniza y su mundanización se apoya, en gran medida, cuando reina la competitividad entre sus miembros y esto es fruto de no poner en práctica lo que podríamos llamar escucha compasiva. Era lo que pretendía Josué cuando pidió a Moisés. Quería monopolizar la profecía impidiendo hablar a los otros.

Todos necesitamos practicar cómo frenar nuestro impulso de hablar. Alternar **“participaciones habladas”** en la conversación con **“participaciones silenciosas”**: hay que tener en cuenta que mientras escuchamos atentamente a los demás, también estamos presentes. Así surge una comunidad profética con rostro cada vez más bello.





Orando en la escuela de los salmos

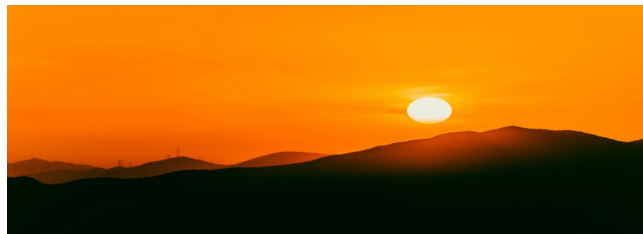
Un salmo para rumiar

Sal 18, 8. 10.12.13.14 (R/.: 9a)

La ley del Señor es perfecta y es descanso del alma; el precepto del Señor es fiel e instruye al ignorante. La voluntad del Señor es pura y eternamente estable; los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos. También tu siervo es instruido por ellos y guardarlos comporta una gran recompensa, ¿quién conoce sus faltas? Absuélveme de lo que se me oculta. Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que no me domine: así quedaré libre e inocente del gran pecado.

El hombre de hoy se ha instalado en la prisa y esto hace que cada vez le cueste más detenerse a contemplar. De este modo va perdiendo la sensación de asombro. Aturdido por tanto ruido y emociones siempre nuevas, le resulta casi imposible captar un " lenguaje silencioso". La belleza de la creación no es suficiente para conocer al Dios verdadero, para encontrar al Dios vivo es necesario conocer Su Palabra. So-

lo aquellos que conocen la Palabra pueden entender posteriormente el lenguaje de la creación. La ley de la que habla el salmo 18 es una ley al servicio del hombre, para el crecimiento del hombre, para la plena realización de su destino.



El hombre se realiza a sí mismo a través de la ley, en libertad. Por tanto, la ley no está por encima ni delante del hombre, sino dentro de su corazón. Como dice el Señor: " Pondré mi ley en su alma, la escribiré en su corazón" (Jer 31,33). Una ley externa es siempre molesta, sofocante y, ante ella, uno tiene ganas de huir. La obediencia requerida por Dios no es el cumplimiento de un deber. Obedecer significa tener la libertad de poder obedecer. En el Salmo 1 oramos: " *Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los impíos ... sino que se regocija en la ley del Señor, su ley medita día y noche* "(Sal 1: 1-2).

Este salmo 18 puede considerarse como la ilustración más adecuada de esas declaraciones. San Agustín afirmará que "*La ley del Señor no se somete al yugo de la esclavitud, sino que, a través de ella, se sigue las huellas de Cristo*"

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XXVI "PER ANNUM" "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Números 11, 25-29

El Señor bajó en la Nube, habló con Moisés y, apartando algo del espíritu que poseía, se lo pasó a los setenta ancianos...Habían quedado en el campamento dos del grupo, llamados Eldad y Medad. Aunque eran de los designados, no habían acudido a la tienda. Pero el espíritu se posó sobre ellos, y se pusieron a profetizar en el campamento... Josué, hijo de Nun, ayudante de Moisés desde joven, intervino: «Señor mío, Moisés, prohíbe-selo». Moisés le respondió: «¿Es que estás tú celoso por mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor recibiera el espíritu del Señor y profetizara!».

Marcos 9, 38-43. 45. 47-48

En aquel tiempo, Juan dijo a Jesús: «Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros». Jesús respondió: «No se lo impedáis, porque quien hace un milagro en mi nombre no puede luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros está a favor nuestro...»